

la Víctima por la Comunión tiene una significación especial. En efecto, sólo Cristo es la Víctima infinitamente agradable al Padre y, por ende, sólo su sacrificio es acepto a Dios. Nuestro sacrificio sólo lo será si forma parte del sacrificio de Jesús, si lo continúa y prolonga, si se encuentra unido al suyo.

De este modo, nuestros sufrimientos y mortificaciones no tienen valor por ser nuestros, sino por ser de Jesús en nosotros. Por donde se ve que es importantísimo permanecer unidos a Jesús constantemente, sacar de esta unión nuestro espíritu de inmolación, si queremos que nuestro sacrificio sea acepto a Dios, y asimilarnos sus sentimientos, para inmolarnos con las mismas disposiciones con que se inmoló Nuestro Señor.

Por este motivo, en la vida cristiana tienen grandísima importancia las distintas prácticas de piedad, mediante las cuales tanto el cristiano como el religioso (en quien estas prácticas son más numerosas) conservan y cultivan esa constante unión con Dios a través del día. Por ello se impone la más estricta fidelidad y constancia a las mismas:

- *Meditación, Oficio divino.*
- *Santa Misa y Comunión; visita al Santísimo Sacramento.*
- *Santo Rosario; lectura espiritual.*
- *Oraciones de la mañana y de la noche; examen de conciencia.*
- *Comuniones espirituales; oraciones jaculatorias durante el día.*
- *Sobre todo, vivir frecuentemente de la presencia de Jesús y de María en nosotros, viéndolos también con espíritu de fe en las personas que nos rodean y en los acontecimientos que nos acaecen.*

Conclusión.

Ya se ve, pues, que para transformar cada uno de nuestros días en otras tantas Misas, hemos de renovar tan frecuentemente como podamos estos tres actos constitutivos del sacrificio: el **ofrecimiento** de sí mismo, la aceptación de las diversas **inmolaciones diarias**, y la **unión** con Nuestro Señor. Pero para que nuestra identificación con la inmolación de Jesús llegue a su máxima expresión, estos tres actos deben estar animados de los mismos fines e intenciones que Nuestro Señor:

- **Adoración**, o glorificación de Dios como sumo Señor de todas las creaturas.
- **Acción de gracias**, honrándolo como donador todopoderoso, sumo bienhechor y fuente de todo bien.
- **Impetración**, para obtener para nuestras almas y para la Iglesia todas las gracias de que tenemos necesidad.
- **Expiación**, para aplacar la justicia divina y alcanzar de ella el perdón de nuestras ofensas y negligencias.

Modo práctico de vivir la Misa

Prosiguiendo las ideas de la precedente Hojita de Fe, nos proponemos desarrollar el siguiente pensamiento de nuestro Fundador, Monseñor Lefebvre: que **la vida cristiana es en sí misma y por naturaleza una Misa**, ya que no sólo no puede prescindir del sacrificio, sino que encuentra en él su máxima perfección: la inmolación de sí mismo es la suprema manifestación del amor de Dios y de las almas.

Veamos, pues, cuáles son los elementos presentes en toda Misa, para comprender de qué modo se dan también en nuestra vida cristiana, y cómo a través de ellos podemos asociarnos al sacrificio de Nuestro Señor.

1º La vida cristiana es una Misa.

La Santa Misa es la renovación diaria sobre los altares del sacrificio sangriento del Calvario. En ella encontramos:

- *Al Sumo Sacerdote, Cristo Jesús, y al sacerdote de Jesús, instrumento suyo.*
- *Un templo y un altar.*
- *Una víctima inmolada, Jesucristo mismo, y la Iglesia en unión con El.*
- *Finalmente, un ritual.*

Pues bien, eso mismo tenemos en la vida cristiana.

1º Nuestra vida es una Misa, renovada cada día. — La vida del cristiano es un sacrificio de sí mismo, pues: • *sacrificio* es desprenderse de los bienes de la tierra; • *sacrificio* es renunciar a los placeres de los sentidos y tratar al cuerpo con rigor; • *sacrificio* es declinar las satisfacciones de la voluntad propia para seguir únicamente la voluntad de Dios. Dígase lo mismo, aunque de manera más eminente, de la vida religiosa, pues *holocausto* es la vida enteramente gastada al servicio de Dios y para su gloria: «*El estado religioso es un cierto holocausto por el que alguien se ofrece a sí mismo y todo lo suyo a Dios*» (Santo Tomás de Aquino).

Mas este sacrificio **debe renovarlo el cristiano cada día**, en unión con el sacrificio del altar; de modo que no basta haberse ofrecido a Dios una vez por todas, sino que este ofrecimiento debe animar cada uno de nuestros días, como no le basta al religioso la oblación generosa del noviciado o de la profesión religiosa; es necesario ofrecerle a Dios continuamente y renovar constantemente el sacrificio de lo que ya se le ofreció.

2º Jesús y María son los sacerdotes de esta Misa. — A ellos les corresponde realizar en nuestras vidas la inmolación que Dios nos exige como cristianos o almas consagradas; a nosotros nos toca abandonarnos a su acción purificadora, permitiéndoles que nos traten según su beneplácito.

3º Nuestra alma es el templo y el altar de ese sacrificio. — Habitado como está por Dios, en él tiene lugar el culto de ofrecerle las hostias espirituales de que habla San Pedro (2 Pedr. 2 5), pues todo en un templo se ordena al sacrificio en honor del Dios que se digna habitarlo.

4º La víctima sacrificada es nuestra propia naturaleza. — Por eso, el sacrificio que Dios nos exige no es siempre el mismo para todos, pues no en todos se manifiesta de igual manera la independencia o rebeldía de nuestra carne; para unos será la voluntad propia; para otros, la caridad, o la humildad, o la paciencia, o el espíritu de mortificación, o el recogimiento, etc., según el defecto dominante observado y las inspiraciones y dirección interior de la gracia.

5º Nuestro deber o nuestra Regla son el ritual del sacrificio. — Así como el sacerdote ha de conformarse a ciertas rúbricas para ofrecer debidamente la Santa Misa a Dios, también nosotros debemos ver en los mandamientos de la ley de Dios, en nuestro deber de estado o en nuestras Reglas, las rúbricas de nuestra inmolación; de modo que, para que el sacrificio sea agradable a Dios, se requiere la fidelidad más estricta.

2º Manera de unirse al sacrificio de Jesús.

Una vez visto que cada uno de nuestros días debe ser una Misa vivida en unión con Jesús, hemos de hallar el modo de unirnos íntimamente a El en el ofrecimiento de la misma, para no celebrar con El sino una sola y misma Misa, y para no ser con El sino una sola y misma Víctima.

Pues bien, Nuestro Señor, en la Misa, realiza su sacrificio mediante tres actos principales:

1º El **Ofertorio**, por el que queda separado y ofrecido como Víctima.

2º La **Consagración**, por la que se inmola y sacrifica.

3º La **Comunión**, por la que se une a nosotros.

Esos tres mismos actos debemos realizarlos nosotros a lo largo de nuestras jornadas, en espíritu de inmolación en unión con Jesús y en dependencia interior respecto de María.

1º El Ofertorio. — El primer acto de Nuestro Señor al entrar en este mundo fue un acto de ofertorio, de ofrecimiento de Sí mismo para cumplir la voluntad del Padre: «No has querido hostias ni holocaustos, pero a Mí me has dado un cuerpo. He aquí que vengo, oh Dios, a hacer tu voluntad» (Heb. 10 5-7). Este acto de ofrecimiento Nuestro Señor lo renovó continuamente a lo largo de toda su vida y en toda circunstancia: en su Presentación en el Templo por las manos

de María, al quedarse en Jerusalén a los doce años, en la agonía. Su último acto fue un acto de ofrecimiento, de entrega, de abandono: «Padre, en tus manos encomiando mi espíritu».

¿Qué es el ofertorio en la Misa? La separación de una materia de las demás materias profanas, para quedar reservada exclusivamente para Dios en vistas al sacrificio en su honor. Eso hizo Nuestro Señor, y eso debe hacer el cristiano. Lo ha hecho ya en su bautismo, renunciando a Satanás, a sus pompas y a sus obras, y separándose del mundo; y debe seguir haciéndolo continuamente, por la renuncia constante a las máximas del mundo, a sus diversiones, a sus modas, a sus empresas, a sus fines.

Eso mismo se manifiesta más perfectamente en el religioso: por su entrada en religión se separa del mundo, y luego más perfectamente por su profesión, pronunciando los votos que lo hacen ser propiedad exclusiva de Jesús; pero debe renovarlo constantemente cada día: • al levantarse; • en la Santa Misa; • al comulgar; • antes de cada acción; • en los momentos de tentación, prueba, sufrimiento; • al acostarse; • viviendo continuamente con la convicción y habitual pensamiento de que pertenece a Jesús y a María en calidad de víctima.

2º La Consagración. — El cristiano, y el religioso, se ofrecen para inmolarse y dejarse inmolar por Jesús y María. La oblación viene a ser como el hábito, mientras que la inmolación y las diferentes destrucciones operadas sobre la hostia vienen a ser como su acto.

Una vez más, veamos lo que pasa en la Misa: en la consagración, la materia de pan se convierte en el Cuerpo de Cristo, y la materia del vino en su Preciosísima Sangre. Lo mismo debe suceder en nuestras almas si nos abandonamos con perfecta docilidad a la acción sacerdotal de Jesús y María: gradualmente dejaremos de ser nosotros, para ser cada vez un poco más Jesús.

La manera de inmolarse y dejarse inmolar es variadísima; cada alma tiene la suya. Lo que importa es respetar esos derechos de Jesús y de María sobre lo que les está consagrado, para que ellos puedan ir realizando poco a poco en el alma esa destrucción, inmolación, purificación, que harán al alma, no sólo parecida a Jesús y a María, sino también fecunda en santidad y en irradiación apostólica. Por lo tanto, inmolación en unión con Jesús y en dependencia interior de María.

En esta inmolación hay que aportar un perfecto abandono en Dios, traducido sobre todo mediante una perfecta fidelidad a las inspiraciones de la gracia: la víctima debe dejarse destruir, y no moverse por propia iniciativa, según la propia impetuosidad o vehemencia natural. No hay que pensar que la parte más importante de nuestra inmolación la tenemos nosotros por nuestras mortificaciones: la parte más importante la toma Jesús a su cargo, y no nos deja otra cosa sino el cuidado de abandonarnos con confianza, tranquilidad, paz interior, alegría, a lo que El decida sobre nosotros. La víctima no tiene voluntad propia. Tampoco nosotros debemos tenerla, sino conformarnos continuamente con lo que Jesús disponga de nosotros.

3º La Comunión. — Por último, falta considerar la unión a la víctima. La identificación con la víctima por la manducación de la misma es parte integrante del sacrificio, que sin ella quedaría incompleto. En la Santa Misa, esta unión a